

Negar, omitir, tergiversar. Una historia pública de la Independencia mexicana, 2010-2024

Denying, Omitting, Distorting: A Public History of Mexican Independence, 2010–2024

José Eduardo Cruz Beltrán*

** Profesor-Investigador de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 131, Hidalgo (México). Es maestro en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores, Nivel 1. Sus temas de interés son historia e historiografía de los libros de texto y usos políticos de la historia.*

Correo electrónico: joseeduardocruzbeltran@upnhidalgo.edu.mx

 <https://orcid.org/0000-0003-2401-3917>

217

Historial editorial

Recibido: 7-abril-2026

Aceptado: 28-junio-2026

Publicado: 31-julio-2026



Negar, omitir, tergiversar. Una historia pública de la Independencia mexicana, 2010-2024

Resumen

Este artículo analiza el uso de la historia mexicana en torno a las conmemoraciones del bicentenario de la Independencia en el año 2010. Se lleva a cabo una revisión de determinados dispositivos historiográficos cuyos textos cuestionan que el concepto Independencia se haya manejado entre los primeros insurgentes. Refieren, por tanto, que los acontecimientos de 1810 y 1821 diferían en sus programas y -por ende- no tuvieron conexión entre el inicio y la consumación. Se detecta en el discurso de estos trabajos, so pretexto de presentarse como desmitificadores, que caen en el sensacionalismo, a través de juicios de valor y sesgos personales. Entre los resultados del trabajo se halla que tales afirmaciones apuraron a un sector de escritores de divulgación histórica a un efecto “contra oficial” que en el afán por ofrecer una “nueva” versión del pasado mexicano, tergiversaron las interpretaciones de la Independencia, a pesar del avance de la historiografía científica. Se concluye, por último, que las conmemoraciones tienen un efecto reconstructor de significados históricamente arraigados en función de determinados contextos políticos.

Palabras Clave: Análisis del discurso, ética, historiografía, Independencia mexicana, divulgación histórica.

Denying, Omitting, Distorting: A Public History of Mexican Independence, 2010–2024

Abstract

This paper analyzes the use of Mexican history in the context of the 2010 commemorations of the bicentennial of independence. It examines selected historiographical works whose texts question whether the concept of “independence” was used by the early insurgents. The authors argue that the events of 1810 and 1821 differed in their agendas and, therefore, that there was no connection between the beginning and the consummation of the independence process. The discourse of these works reveals that, under the pretext of presenting themselves as attempts at demythologization, they resort to sensationalism through value judgments and personal biases. Findings show that such claims prompted a group of popular history writers to produce a “counter-official” response which, in its attempt to provide a “new” version of Mexico’s past, distorted interpretations of independence despite advances in scholarly historiography. Finally, the paper concludes that commemorations have the effect of reconstructing historically rooted meanings in response to specific political contexts.

Keywords: discourse analysis, ethics, historiography, independence, popular history.

Nier, omettre, dénaturer. Une histoire publique de l'indépendance mexicaine, 2010-2024

Résumé

Cet article analyse l'usage public de l'histoire mexicaine autour des commémorations du bicentenaire de l'indépendance en 2010. Il procède à l'examen de certains dispositifs historiographiques dont les textes remettent en question le fait que le concept d'« indépendance » ait été porté par les premiers insurgés. Ces auteurs soutiennent que les événements de 1810 et de 1821 différaient dans leurs programmes et ne présentaient donc aucun lien entre le déclenchement et la consommation de l'indépendance. L'analyse du discours de ces travaux révèle que, sous prétexte de démystifier le passé, ils tombent dans le sensationnalisme par le biais de jugements de valeur et de partis pris personnels. Parmi les conclusions, il apparaît que ces affirmations ont poussé un secteur d'auteurs de vulgarisation historique vers un effet « contre-officiel » ; dans leur volonté d'offrir une « nouvelle » version de l'histoire mexicaine, ils ont dénaturé les interprétations de l'indépendance, au mépris des avancées de l'historiographie scientifique. En conclusion, l'article souligne que les commémorations réordonnent et reconstruisent des significations historiquement ancrées en fonction de contextes politiques spécifiques.

Mots-clés : Analyse du discours, éthique, historiographie, indépendance, vulgarisation historique.

Zaprzeczac, pomijać, przeinaczać. Historia oficjalna a niepodległości Meksyku, 2010–2024

Streszczenie

Artykuł analizuje publiczne wykorzystanie historii Meksyku wokół obchodów dwusetlecia niepodległości w 2010 roku. Przeprowadzono przegląd wypróbowanych zabiegów historiograficznych, których teksty podważają obecność pojęcia „niepodległość” wśród pierwszych powstańców. Autorzy ci twierdzą, że wydarzenia z 1810 i 1821 roku różniły się programowo, a co za tym idzie – nie było bezpośredniego związku między początkiem a zwieńczeniem procesu niepodległościowego. W dyskursie tych prac zauważa się, że pod pretekstem demaskowania mitów wpadają one w sensacyjność poprzez sądy wartościujące i osobiste uprzedzenia. Wśród wyników badań wskazuje się, że takie twierdzenia skłoniły część popularyzatorów historii do przyjęcia postawy „antyoficjalnej”; w dążeniu do przedstawienia „nowej” wersji meksykańskiej przeszłości przeinaczyli oni interpretacje niepodległości, ignorując postęp historiografii naukowej. Podsumowując, stwierdza się, że obchody rocznicowe mają wpływ na rekonstrukcję znaczeń zakorzenionych historycznie w zależności od konkretnych kontekstów politycznych.

Słowa kluczowe: Analiza dyskursu, etyka, historiografia, niepodległość, popularyzacja historii.

Introducción

En el año 2010 se conmemoró el bicentenario del inicio de la Independencia de México. Gobernaba un partido político distinto al que lo había hecho desde hacía noventa años y la coyuntura fue aprovechada por ciertos sectores para expresarse sobre la necesidad de una nueva memoria oficial (Verdú, 2024). Cercana la conmemoración, se advertía un discurso con una interpretación distinta al proceso de Independencia: lo iniciado por Miguel Hidalgo en 1810 difería en formas y proyecto con lo acontecido en 1821, año de la consumación de la Independencia, donde participó Agustín de Iturbide. Así, el bicentenario de 2010 fue la ocasión para darle un giro reivindicatorio a este último personaje. Venía de considerarse un personaje marginal entre las conmemoraciones de la Independencia a lo largo de los siglos XIX y XX pues, ante todo, se consideraba como un traidor a la patria y particularmente un personaje secundario respecto a Hidalgo, Morelos y demás insurgentes considerados héroes indiscutibles por el imaginario social del México contemporáneo (Espinosa, 2020).

Aquella interpretación de la historia mexicana trajo como consecuencia una producción editorial con miras a una versión contra oficial. Para este caso, en dicha producción se afirmaba de manera contundente que Miguel Hidalgo jamás pretendió la independencia y, por tanto, Agustín de Iturbide debía ser reivindicado no sólo como el auténtico emancipador de la Nueva España sino el personaje protagónico del proceso. El asunto generó interés ya que trastocaba las concepciones construidas en México a lo largo de su vida independiente. Esta interpretación generalizaba que Hidalgo no gritó “Viva la Independencia”, sino “Viva Fernando VII”. Por tanto, como el grito del 16 de septiembre devenía en un mito, había que considerar a Iturbide como el “legítimo” padre de la patria.

220 Si bien el argumento acerca de la participación de Iturbide en la Independencia no era nuevo -así lo documentaron Verónica Zárate (1994) para el siglo XIX e Ivana Frassetto (2007) para el siglo XX-, las circunstancias políticas de México durante el año 2010 traían al presente una querrela del pasado que tuvo implicaciones en la esfera pública y que particularmente se vio reflejada en una producción editorial hasta entonces reservada para los historiadores, por lo que las formas de concebir las

relaciones históricas -no sólo de la Independencia- adquirirían un relieve social permanente y de considerables contradicciones políticas por las tensiones existentes entre partidos políticos que hicieron lecturas distintas de la historia (Vargas, 2016).

La bandera de esta producción fue hacer llamados de atención sobre una nueva forma de contar la historia mexicana. Esta tendencia, la contrahistoria oficial, se alimentó de los textos filosóficos y literarios de gran impacto editorial como *Visión de los vencidos* y *El laberinto de la soledad*, de Miguel León-Portilla y Octavio Paz, respectivamente, en la cual se asegura que la sociedad mexicana se identificaba con los conquistados, con los vencidos, y no con los verdaderos padres de la patria como Hernán Cortés o Agustín de Iturbide, a quienes, en cambio, habían sido vilipendiados y considerados “los villanos” de la historia.

Con lo anterior, surgió una propuesta que superó la idea de una nueva historia de México, e incursionó en terrenos más de carácter psicológico y moralista. Refiere muy puntualmente, por ejemplo, que el mexicano posee un trauma, el complejo del conquistado: “*nos* conquistaron los españoles”, es el apotegma por antonomasia, refieren estos textos. Lo anterior concede generalidad a una sociedad mexicana que odia a su padre y odia lo extranjero. Por tanto, en México se invoca al nacionalismo como unidad, y la forma más viable para inculcarlo es a través de la educación y cuyo dispositivo más eficaz, es el libro de texto único producido, además, por el gobierno mexicano.

Con la intención de promover la atención del amplio público, el acierto editorial comenzó desde los títulos: *Las mentiras de mis maestros*, de Luis González de Alba (2002), *Contra la historia oficial*, de Antonio Crespo (2009), *Cien mitos de la historia de México*, de Francisco Martín Moreno (2011), y *Los mitos que nos dieron traumas*, de Juan Miguel Zunzunegui (2012), por referir algunos. Títulos llamativos, contundentes. Títulos que, sumados a una prosa atrayente, cuestionadora, con el supuesto de la desmitificación de la historia de bronce, aseguraban un éxito comercial y tanto por la brevedad, por los recursos literarios empleados, como por la paulatina aparición en medios de comunicación masiva, títulos y autores ganaron terreno frente a la historia académica. Tales obras fueron detectadas por Salmerón (2012), y fungen como punto de partida para explicar el objetivo del presente artículo.

Es así que la propuesta de este trabajo, desde el marco metodológico de la historia pública, es analizar las formas discursivas de estas obras de divulgación histórica en sus afanes de explicar, con sus medios y alcances, un proceso histórico como la Independencia en el contexto de la entonces cercana evocación de su bicentenario. Quienes han estudiado las conmemoraciones desde la perspectiva historiográfica, esto es, sobre el efecto que tuvieron en los discursos históricos, coinciden en que estas producen un efecto invocador que, al no ser creado desde la historiografía, toman mayor fuerza desde la política, habitan en los medios y la opinión pública. Así, el monopolio de quien escribe la historia es cuestionado pues se abre a otras formas de expresión (Verdú, 2024; Escrig y Frasquet, 2024).

Se concluye que esta coyuntura de divulgación histórica emergente, más propia de escritores aficionados a la historia, entre otros aspectos, omitió los resultados de una historiografía científica que planteó el mismo problema -el referente a la concepción de Independencia entre 1808 y 1821- así como incurrió en juicios de valor que cuestionaban las acciones del cura Hidalgo y sus tropas, para en cambio, en un supuesto afán reivindicativo, engrandecer la del coronel Iturbide.

Se parte de la premisa que la historia académica permaneció poco menos que distante e indiferente. En el contexto del bicentenario, se pensó que la pluralidad de voces permitía un mejor debate y que era la oportunidad de que coexistieran distintas versiones de la historia, algo por demás saludable tanto para el oficio de la historia como por las circunstancias políticas tan polarizadas que se vivían desde entonces. Lo que comenzó a llamar la atención fue que tales voces, que comenzaron a ocupar medios masivos de comunicación, no eran precisamente de profesionales de la historia sino mayormente escritores, comunicadores, columnistas de opinión y que para entonces ocupaban espacios cada vez más amplios, de tal suerte que su voz fue tenida como una autoridad en la materia; a eso se sumaba su atractiva propuesta de “ofrecer” otra visión de la historia de México que no se había contado antes. Esto originó que de a poco, la historia académica volteara sobre ellos su atención. Fue así que comenzaron a refutarse sus textos y sus ideas.

Para argumentar el artículo se retoman los aspectos analíticos de la historia pública. Como han referido autores como Jerome de Groot (2009), los

historiadores profesionales, aunque han conservado su legitimidad tradicional, esta se ha visto mermada debido a los cambios tecnológicos y el acceso a la información, por lo que la historia al volverse de mayor alcance, utiliza una amplia variedad de géneros que difieren de la disciplina académica. En ese sentido Thomas Cauvin (2020) precisó que mientras la historia profesional tiene una audiencia limitada, la historia pública, “y a menudo no académica”, va dirigida a grandes grupos y a hacer partícipes a sus usuarios no sólo en su consumo sino en su propia producción a la hora de interactuar con fuentes de información, actores u otros materiales, lo cual explicaría que los consumidores de historia pueden, en determinado momento, ser sus propios productores, como el caso que se documenta aquí.

Por ende, resulta preciso las expresiones de autores como Herman Paul (2016), quien retoma, a su vez, de la Asociación Histórica Americana, un postulado fundamental propuesto en *Statement on Standards of Professional Conduct*: la diferencia entre un historiador profesional de otra persona es que la comunidad de historiadores tienen compromiso con la investigación e interpretación del pasado como cuestión de práctica aprendida y organizada, y que a fuerza de leerse por sentado, no inventar datos, no falsificar información: “No se pide a los historiadores que renuncien a sus relaciones no epistémicas, sino que las subordinen a la relación epistémica en un grado que sus colegas consideren suficiente [...] imponer unos límites intelectualmente responsables” (p. 232).

Ante la inminente interacción de la historia académica con la historia pública, Sebastián Vargas (2016), refiere a propósito, “actualmente es imprescindible para los historiadores reconocer la importancia de la vida pública y de los usos públicos de la historia, e involucrarse activamente en los debates sobre la representación del pasado en contextos que exceden la práctica disciplinar y los espacios académicos” (p. 1). Para el autor, constituyen como ejemplos los monumentos, los museos o las conmemoraciones una especie de archivo para historiadores interesados en tener evidencia de la manera en que una sociedad contemporánea rememora y usa su pasado. O como en este caso, la obra de los divulgadores.

De nuevo con Paul (2016), este refiere, en cuanto a las relaciones del investigador académico con su pasado:

[A] los historiadores [...] les preocupa que se haga mal uso del pasado [...] Si se quieren extraer enseñanzas morales del pasado, se corre un riesgo real de distorsionar el pasado al dividir al mundo en buenos y malos, o al reducir complejos desarrollos históricos en términos de progreso o decadencia (p. 204).

John Regan (2012), por su parte, apuntó en ese sentido una diferencia metodológica que es la que habrá de analizarse en el presente trabajo. La historia pública tiende a popularizar el pasado en funciones de las necesidades del presente y se dirigen a los públicos masivos; en tanto, la investigación histórica se interesa más por el pasado en sí mismo. De ahí la importancia de hacer dialogar la oposición entre los múltiples ejemplos de historia pública con la investigación propiamente dicha. Se concluye en esta primera instancia sobre la importancia de poner en evidencia las formas en las cuales el pasado se ha presentado de manera sensacionalista con el fin de crear versiones tergiversadas de la misma y al mismo tiempo atractivas para el público.

El artículo se divide en tres apartados. El primero de ellos sintetiza la emergencia de la historia pública en México durante los años previos al bicentenario del 2010 y los postulados de su propuesta: presentar una desmitificación de la historia mexicana. El segundo apartado está centrado en cómo se reflejó esta en diversas obras que aprovecharon la coyuntura de la conmemoración de 2010 para mostrar su versión de la Independencia, por lo que se extraen sus principales ideas, y el tercer apartado discute los hallazgos anteriores con la historiografía académica, en la cual se distinguen los avances de la investigación sobre la complejidad de explicar los vaivenes de 1810 con los de 1821. Finalmente, se hacen una serie de conclusiones generales en aras de destacar la atención de la historia académica frente a los usos públicos del pasado, particularmente en el que se hace desde el contexto mexicano con sus respectivos procesos históricos.

El intento de una nueva historia de México, la contrahistoria oficial

Entre la última década del siglo XX, y la primera del siglo XXI, se dio en México una nueva forma de historia pública. A la par de periódicos y

revistas, se dio paso a los medios de comunicación masiva electrónica como la televisión. De acuerdo con Pedro Salmerón (2012), un sector de intelectuales afines al sistema político mexicano, tuvieron apoyos a sus respectivas editoriales, Clío y Nexos, para ampliar su distribución y contar con mayores espacios en medios de comunicación. Tanto sus directores, Enrique Krauze Kleinbort y Héctor Aguilar Camín, como a sus obras, tuvieron provecho para difundirse en revistas, o hacer adaptaciones televisivas. Basta recordar la telenovela producida en 1996 por Ernesto Alonso, *La Antorcha Encendida*, una adaptación de la serie editorial del mismo nombre producida por Krauze y Fausto Zerón Medina, para relatar la Independencia. En ese sentido, Salmerón refirió que el “silencio” del sector académico permitió a un grupo de escritores que él denominó falsificadores de la historia, tener un mayor impacto mediático, a grado tal de considerarlos “historiadores”. Esto incomodó a quienes sí se habían formado profesionalmente como tales, pero que no hallaban espacios fuera de los universitarios o los académicos y sus obras tenían, además del escaso tiraje, una difusión muy acotada.

Todos estos escritores, continúa Salmerón, habían emprendido una campaña contra las movilizaciones sociales, contra la democracia, y, en suma, contra lo popular. El autor argumentó que los embates de estos y otros autores desdeñaban las demandas sociales de justicia, de libertad y esto generó que se les potenciara un mayor apoyo económico para difusión de sus obras (Salmerón, 2012). No es casual la aparición más constante de este tipo de obras a partir del año 2000. Fue el rompimiento de noventa años de gobiernos emanados de un solo partido, el Revolucionario Institucional, y la llegada del Partido Acción Nacional. En 2006, dicho partido gobernó nuevamente, y en 2012, el PRI tuvo otros seis años más de gobierno. Esta coyuntura fue utilizada como aliciente para difundir nuevas visiones de la historia de México, con la finalidad desmitificadora de la historia, antinacionalista y concientizadora, a fin de que la sociedad mexicana “superara” el pasado y mirara de cara a un futuro más promisorio, progresista, civilizado, a la altura de las naciones del orbe.

Una de las formas discursivas que se hallaron en este tipo de obras fue el cuestionamiento a los héroes. Sus textos los “bajaron” del pedestal, y principiaron por biografar no precisamente desde los acontecimientos históricos, sino con una perspectiva *ad hominem*. los héroes mexicanos en

realidad fueron traidores, resentidos, corruptos, acomplejados, avaros, vendepatrias, derrotados, entre otros calificativos, por referir los más recurrentes; en menor medida, recurrieron a sus defectos físicos o de personalidad: Miguel Hidalgo, un viejito vengativo, Madero y Juárez “chaparros y supersticiosos”, y, en cambio, se preguntaban por qué Porfirio Díaz, Maximiliano de Habsburgo o Antonio López de Santa Anna, o el propio Hernán Cortés eran tan incomprensidos que no era posible concebir que México rechazara a los “verdaderos padres de la patria”.

Para sus autores, la presencia de su obra en el mercado editorial se hallaba justificada. Esa forma de conocimiento de la historia que pretendían combatir estaba asociada a la existencia de un libro de texto de distribución nacional, y entregado de manera ininterrumpida cada ciclo escolar, con lo que se creó una idea de que la historia de México poseía una versión oficial, única, inmutable, así como que sus contenidos ofrecían una visión nacionalista, con una mutilación deliberada de la verdad, con intenciones de manipulación ideológica y de control político y social. Por ende, se requería modificar la interpretación histórica relatada en tales materiales educativos. Un buen punto de partida, entre otros procesos históricos, era la Independencia de México, a la que concebían muy mitificada.

Tal propuesta pretendía mostrar a los insurgentes, Hidalgo, Morelos, Allende, entre otros, sin ambages heroicos, sino como personas de carne y hueso, quitarles el halo monumental que los rodeaba y situarlos como personajes de su tiempo. Si bien la idea no resultó desdeñable, dichas obras dieron pie a cometer algunos excesos discursivos que tuvieron como consecuencia una descalificación de los personajes —en México se recuerda entre el gremio de historiadores la máxima de Edmundo O’Gorman sobre no regañar a los muertos— con lo que la búsqueda de una mejor comprensión de los personajes, su época y sus circunstancias se vio estropeada, errática; en suma, distorsionada.

Estamos ante un caso de historia pública con afanes de manipulación historiográfica. Su aspiración primordial es usar a la historia con fines de entretenimiento bajo una serie de argumentos, que como veremos, a primeras luces suenan lógicas, particularmente porque dicha idea es tomada, entre otros, de la propia historiografía temprana de la

Independencia, ejemplificada en la *Historia de Méjico* de Lucas Alamán, ideólogo del conservadurismo decimonónico, y víctima en carne propia de las asonadas insurgentes en 1810. Ante un abierto uso de los procesos históricos, de datos e información tomada o no de la historiografía, es que se considera factible abordar el tema particularmente por poner el foco en la necesidad de una mayor presencia de la historia académica en sectores más amplios.

Los hallazgos permiten afirmar que el avance historiográfico en torno a la Independencia no se ve reflejado en los contenidos propuestos por diversos ejemplos de la divulgación histórica mexicana. Para demostrarlo, se analizan a continuación los discursos de algunos libros cuyos autores tienen para sí impacto y aceptación mediática al tiempo de ser sus obras blanco de opiniones encontradas. Pudiera parecer que tal análisis habrá de diferir con lo que usualmente se utiliza para textos sometidos a un arbitraje científico. No obstante, en el momento en que sea cual fuere el dispositivo, en el caso de la divulgación, que se supone ética, existe información de tipo histórico que debe revisarse. A fuerza de ser justo, es la divulgación la que más debe someterse al escrutinio público ya que sus formas de difusión son mucho más amplias en tanto potencialmente llegan a más gente, a diferencia de la científica, más acotada.

En términos generales, estas obras refieren que el cura Miguel Hidalgo fue un resentido con la corona española y aprovechó la coyuntura política como un deseo de venganza personal más que por un deseo de independencia. En cambio, un criollo y militar como Agustín de Iturbide no quiso romper esos idílicos 300 años virreinales y propuso en cambio una monarquía separada de la española. En tales obras, se concluye que la gran crisis económica, política y social de México fue por causa de la Independencia. Lo que explota tan atractiva idea para el grueso de la sociedad mexicana es que Hidalgo nunca gritó “Viva la Independencia”, y de acuerdo con ese argumento, es que o nunca la quiso, o nunca la tuvo clara pues sus motivaciones personales pudieron más que los de la colectividad del momento. Tal idea rompe con las ya establecidas, casi canónicas, de lo sabido acerca del 16 de septiembre de 1810. Eso, en parte, agolpado en libros “desmitificadores” abre un nuevo frente editorial muy exitoso, pero que carga con una inconsistencia de origen: sus elementos pseudohistoriográficos.

Los peligros de la divulgación histórica: Miguel Hidalgo no quería la Independencia

La contraposición entre los acontecimientos de 1810 y los de 1821 son aspectos centrales del debate entre la historiografía mexicana dentro de la coyuntura del bicentenario de 2010. ¿Quién fue entonces el verdadero padre de la patria? Miguel Hidalgo o Agustín de Iturbide. Casi por consenso nacional, el primero, según el imaginario mexicano. Ante esto, este elenco de escritores, afirmó que el proyecto de Miguel Hidalgo fue muy distinto al de Agustín de Iturbide. Para reforzar el argumento, refirieron que la campaña militar de Miguel Hidalgo duró poco, y además de lo mal planeada, se compuso de una turba indisciplinada que cometió excesos permitidos por el cura guanajuatense, lo que le restó legitimación.

Entre los textos revisados, comenzaremos en orden cronológico, según fueron publicados. Luis González de Alba (2002) refiere al 15 de septiembre, no el 16, como un fracaso. Nula organización, falta de armamento. Para este autor, la Independencia se retrasó a causa del levantamiento de Hidalgo ya que las altas clases sí la deseaban. Por ende, el mes patrio resultaba apto para repetir “las mentiras sobre el ayer”. Como tal, no niega en Hidalgo la Independencia, pues refiere que con anterioridad ya se había pronunciado, pero fueron sus “masas desesperadas”, las que contribuyeron a su derrota (González, 2002). Por ello, más adelante “desmitifica”: la Independencia no la debemos al cura Hidalgo pues no cumplió ni un año su rebelión, y fue en 1821 cuando sin guerra se llegó a una negociación entre criollos, mestizos y el “sensato virrey Juan O’Donojú”. Curiosamente no explicita las gestiones de Agustín de Iturbide.

Por su parte, en hábil prosa, Armando Fuentes Aguirre (2008) refirió:

228

Comenzó a hablar Hidalgo. Sus palabras serían llamadas luego ‘El grito de Dolores’. Pero en ellas, desde luego, no hubo ningún grito. Fue un discurso, una arenga encendida, arrebatada, como había sido el repique de la campana. Y era arenga, igual que muchos discursos políticos que los mexicanos han oído, fue un discurso, lamento decirlo, demagógico y vestido con ropaje de mentiras (p. 31).

Más adelante refiere:

Terminó su discurso el cura de Dolores gritando vivas a Fernando VII y a la religión católica [...] Pero ¿quién diablos era aquel Fernando VII que en tanto se afanaba el encendido celo de don Miguel Hidalgo? [...] Difícilmente podrá encontrarse en la historia de España un rey más indigno, más estúpido, más nefasto que el cretino hijo de Carlos IV [...] Y pensar que la lucha por la Independencia de México se inició con el grito de “Viva Fernando VII” (pp. 33-35).

En un afán provocador, Fuentes Aguirre describe que: “Iturbide no es el consumidor de nuestra Independencia, sino su hacedor, su único, verdadero autor” (p. 573). Y hace el esfuerzo por argumentarlo: la campaña de Hidalgo “abortó en unos cuantos meses, en gran parte por las ineptitudes del propio Hidalgo y por las terribles matanzas en que degeneró su movimiento [...] las luchas de los insurgentes por las independencias fueron fracasando unas tras otras” (p. 574). Hace una declaración hacia los oficialistas:

Los historiadores oficiales proclaman que el patriotismo y la sed de independencia hacían que el pueblo se lanzara fervorosamente al movimiento iniciado por el cura de Dolores. Eso es muy de dudarse. Lo más probable es que quienes tan súbitamente se le unían lo hicieron incitados por la expectativa del desorden y el saqueo... (p. 39).

Con mayor ahínco se ha pronunciado al respecto Juan Miguel Zunzunegui: “Hidalgo no quería la Independencia y en cambio gritó Viva Fernando VII”. Aún más, que para 1810 nadie pensaba en la Independencia. Para ello se sostienen de un hecho fundamental. Hidalgo no gritó vivas a la Independencia, sino a Fernando VII, asunto este que no se utiliza con afanes de comprensión sino como sustento de su afirmación central.

Todos sabemos que el proceso de Independencia de México, según nos cuentan, comenzó en 1810. Lo que seguramente no sabes, ni siquiera te lo imaginas, es que, de verdad, en 1809, en este reino llamado Nueva España, en 1809, nadie quería la Independencia. Nadie estaba buscando la Independencia. No había grupos organizados, inconformes con la tiranía, buscando la

Independencia. ¿Por qué? Porque para 1809 todos en esta Nueva España tenían perfectamente claro que eran el reino más importante de la monarquía hispana [...] Durante 300 años no hubo imposición cultural [...] para 1810 cuando comienza el proceso de Independencia, por eso la inmensa mayoría de la población indígena y mestiza estaba en el ejército realista, estaban combatiendo a los insurgentes, estaban contra la idea de separarnos de la monarquía hispana (Zunzunegui, 2024).

En otra obra, que Salmerón (2012) ya había advertido, Zunzunegui se refiere a Hidalgo como un cura bribón, y a la insurgencia como la plebe, la canalla, la turba saqueadora. Y aunque Zunzunegui intentó matizar, al final pesa más en su narrativa el argumento *ad hominem*.

Miguel Hidalgo es un personaje fascinante, desde su personalidad extrovertida e histriónica, su gusto por la buena vida, la buena bebida, el baile, las fiestas y las mujeres, pasando por el hombre ilustrado que fue rector del Colegio de San Nicolás y hasta el cura revoltoso, que por razones nunca claras, levantó a la multitud en armas. Pero es menester incluir también al rector corrupto que fue destituido por problemas de faldas y de dinero, al sádico que ordenaba por diversión matar españoles, por el delito de ser españoles, usándolos como toros en ruedos taurinos, al déspota que se hizo llamar Alteza Serenísima, al necio que nunca escuchó a Allende y fue derrotado por eso (Zunzunegui, 2019, p. 79).

En sus redes sociales va más allá:

Miguel Hidalgo es un tipo fascinante, con una mente brillante, fuera de serie, seguro tenía un carisma espectacular, seguro era simpatiquísimo, seguro platicar con él era una experiencia bárbara [...] con el detalle de que le gustaba el juego, la bebida, el baile, la pachanga, el teatro [...], sólo que era cura. [...] Miguel Hidalgo es parte de una clase social privilegiada, los criollos [...] Cuando él es cura de Dolores y se ha sumado a estas tertulias literarias, conspirativas de Miguel Domínguez y de Ignacio Allende [...] por supuesto que Miguel Hidalgo se levante nunca más. No tiene nada que ver con el país, ni con la sociedad, ni con los indígenas, ni con el sometimiento, ni con las cadenas de la esclavitud. “Es un nunca

más contra mí” [...] Es una venganza personal de Miguel Hidalgo, que nunca mencionó la palabra independencia [...] (Zunzunegui, 2023).

El argumento de Zunzunegui va por el camino de las relaciones morales del pasado que aparecen ejemplificadas hasta aquí: “Nada cambió en la estructura fundamental tras el proceso de Independencia ni en los primeros treinta años de libertad” (Zunzunegui, 2019, p. 83). Esto conduce a desdeñar la complejidad de los acontecimientos históricos y más aún descuidar las diferencias relevantes que existen entre pasado y presente. Ha sido este autor quien más ha expresado valoraciones personales salidas de tono que, aunque resultan atractivas para el sensacionalismo, a largo plazo ofrecen poco a la comprensión del proceso histórico:

La independencia de México fue un fraude monumental. Con un padre de la patria que era un viejito, psicópata, desquiciado, endeudado, parrandero, mujeriego, jugador [...] que nunca hizo nada por la patria, que nunca buscó la libertad, que evidentemente no la obtuvo, porque es imposible obtener lo que no estás buscando, y que generó una de tantas guerras de este país que sólo se convirtieron en rencor social, en odio, en división, en destrucción, en muertes (Zunzunegui, 2026).

Con todo, los medios de comunicación, así como tienden puentes, también son potentes instrumentos de desinformación. Es evidente su limitación a hacer un recorrido superficial por el pasado, aunque paradójicamente, se condena al olvido lo que ella misma produce. La cuestión poco académica de estas formas de historia, la convierte en un halo difuso, en la que, por los afanes mediáticos, resulta atractivo buscar un malvado, un culpable. Es así que el peligro de ignorar la historia, fomenta reconstrucciones fantasiosas y falsificadas del pasado en aras de un determinado pensamiento. La selección de datos y documentos tiende a generar un halo intoxicador para la comprensión plena de los procesos históricos.

Discusión: el concepto de Independencia en ejemplos de historiografía académica

De acuerdo con Cauvin (2020), historia pública e historia académica pueden crear un puente de intercambio mutuo. Mientras el historiador puede evaluar la historia pública, esta puede ofrecer nuevas formas de divulgación sin que medie la pérdida del rigor metodológico. En este sentido, y dados los objetivos de la historia pública aquí referida, se soslaya, se omiten o se ignora en estas obras la documentación generada entre septiembre y diciembre de 1810, y, sobre todo, la de marzo a julio de 1811, cuando los primeros insurgentes son capturados y fusilados. Hay, por tanto, una omisión historiográfica, a conveniencia del argumento. Y para ello, es fundamental remitirse a los estudios académicos e incluso a las fuentes primarias. Ejemplo de ello es el testimonio del obispo Manuel Abad y Queipo (1813): “Tal es la disposición general de nuestras posesiones de América, y la particular de esta Nueva España. En todas partes se desea con ardor la Independencia, y se ha consentido en ella”.

Es cierto, no obstante, que la Independencia, al menos su concepto, fue vacilante. No había un proyecto claro producto de la improvisación con que inició el movimiento. Sin embargo, la palabra sí aparece asociada a Hidalgo y particularmente en el momento en que, necesitados de legitimación, recurren a la prensa para difundir sus ideas. De acuerdo con el proceso militar seguido a Hidalgo, este, “antes de dar el grito, no pasó más de lo que tiene declarado, y que su inclinación a la independencia fue lo que le obligó a decidirse con tanta ligereza o llámese frenesí” (Vidaurri, 2003). Sobre todo, en referencia con el juicio al que fue sometido, se refiere que Hidalgo es invitado por Allende. ¿Por qué, en cambio, las obras referidas no hacen alusión a Primo de Verdad, a Melchor de Talamantes, al propio Ignacio Allende, quienes sí ya pensaban en ella antes de 1810? La historiografía que explica la Independencia, por lo menos desde mediados del siglo XX como argumentó Martha Terán (2004), ya no recurre exclusivamente a Hidalgo para entender el proceso. El pensar que Hidalgo es el único insurgente es llevar una visión reduccionista de la historia a un solo personaje. Ciertamente es que, de todos, es el principal, pero no porque lo haya sido *per se*, sino porque los afanes políticos del siglo XIX así se encargaron de configurar su imagen.

Que Hidalgo no quería la Independencia resulta, por tanto, una afirmación engañosa. Manuel Carrera Stampa refiere respecto al cura que las razones que lo movieron a tomar las armas fueron mucho más profundas, desde los antagonismos y rivalidades que había entre las diversas clases y castas sociales del virreinato, las prerrogativas de los españoles en menoscabo de los criollos y mestizos, las condiciones desfavorables de las castas y de los indios, así como también los sucesos externos. Carrera concluye que Hidalgo sabía lo que hacía y tenía un plan revolucionario. Tomó como ejemplo una carta a José María Morelos, fechada el 4 de septiembre de 1810. Refiere el día 29 de octubre como “el día señalado para la celebración del gran jubileo, que tanto ansiamos los americanos”. Pero Carrera Stampa también se detiene en las lecturas de Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora, quienes refirieron que Hidalgo no tuvo un plan determinado y por su escritura, más política que historiográfica “no aluden al plan que tuvo para llevar a efecto la revolución de Independencia”, y en cambio cita la referencia de que desde 1808, ya se tenía en mente “libertar de los opresores a nuestra patria” (Carrera, 1995, p. 78-79).

Más aún, continúa este autor, en el proceso de Hidalgo luego de su aprehensión, refiere que Fernando VII y su figura fueron un señuelo para buscarse adeptos y, por ende, la documentación generada en ese momento sirvió para no delatar a quienes mantenían la insurgencia. Llamó la atención de Carrera que desde febrero de 1810 ya existía una idea para confeccionar dicho plan y que este fue encontrado al catear un domicilio en Querétaro en septiembre de ese año. Para el autor es significativo que una de las cartas de Hidalgo haya sido dirigida a Morelos por lo que su célebre entrevista en Michoacán no fue casual sino premeditada (Carrera, 1995).

Alfredo Ávila lo sintetiza de la siguiente manera:

Previo al levantamiento de 1810, había claridad en la búsqueda de la Independencia política. Se esperaba que con apoyo de las intendencias se levantara un congreso general novohispano. No obstante, ese objetivo, se propuso la necesidad de incluir al pueblo y al ejército para el logro de aquel proyecto político, aunque para 1810, la atención dejó de concentrarse en organizar un gobierno y, en cambio, formular el plan para la insurrección (Ávila, 1999, p. 146).

Ya en el candor de la guerra, Hidalgo se vio precisado a tomar medidas para consolidar el apoyo social, como abolir tributos y la esclavitud, así como otras que por las circunstancias no pudieron llevarse a cabo. Finalmente, Ávila califica la guerra de Independencia como un cúmulo de esfuerzos de varios grupúsculos sin coordinación ni objetivos comunes. Esta desarticulación de la insurgencia que resultaba obstáculo para Ignacio Rayón, también se acentuó por la emergente fama de José María Morelos y porque este también difería en cuanto a la formación del tan ansiado gobierno representativo. El autor refiere que la politización ocurrida entre 1812 y 1815 menguó los avances insurgentes hacia la Independencia. No obstante, reconoce en Hidalgo y Morelos, por extensión la insurgencia, su participación en la adopción al régimen representativo, en que, a pesar de la guerra, el pueblo se volvió soberano (Ávila, 1999).

Marco Antonio Landavazo (2010), a su vez, no se encargó de ironizar por qué Hidalgo gritó vivas a Fernando VII. Que la insurgencia haya reconocido la autoridad del rey no significa, advirtió Landavazo, que no existiera la idea de soberanía. El autor va más allá de contentarse con la explicación rápida: Fernando VII fue invocado con fines de propaganda para ocultar los móviles de la Independencia. Significaba la posibilidad de que la familia real estableciera el trono en Nueva España, bajo la suposición de la pérdida de España. El propio Hidalgo, durante su diligencia judicial expresó el ánimo de “poner el reino a la disposición del señor don Fernando Séptimo siempre que saliera de su cautiverio” (Landavazo, 2010, p. 91). La insurgencia apelaba al nombre del rey, como símbolo de la unión entre los españoles, el vínculo que mantenía unida a la monarquía. Bajo tal premisa se habrían manifestado otros personajes como el obispo Manuel Abad y Queipo o el militar Ignacio Allende. El primero, en un escrito fechado en mayo de 1810 y recogido posteriormente por su autor, había referido en Fernando VII “el centro de unidad en la execucion [sic] de su proyecto en caso de que sucumba la metrópoli y como causa de un gobierno más justo y liberal en caso que prevalezca” (Abad y Queipo, 1813, p. 21). El segundo, refirió que su comportamiento por tomar las armas, dadas las circunstancias, más que traición, “lo estimaba en alta lealtad” (Jiménez, 2010, p. 75).

La intención de quitarle “paternidad” a Hidalgo sobre la Independencia para, en cambio exaltar la gesta iturbidista también resulta un ejercicio

retórico caro a la historia pública referida en el apartado anterior. Cito aquí a Rodrigo Moreno (2021) quien al respecto matiza que hay una intención del movimiento independentista de 1821 por diferenciarse del de 1810; pero lo que aquellas obras tergiversan es el reconocimiento y la legitimidad del plan de Iguala por la revolución que estalló en Dolores: “En otras palabras, la trigarancia aceptaba el objetivo independentista de la insurgencia, pero no sus medios [...] Tanto la insurgencia como la trigarancia [...] apelaron a la idea de la recuperación de la soberanía perdida [...] pero las características de los proyectos políticos que simbolizaron fueron sensiblemente diferentes” (Moreno, 2021, p. 160).

El argumento de este autor parte de entender la independencia como proceso, no como momento o coyuntura. La Junta provisional organizada para conformar el primer imperio mexicano “tiene similitudes evidentes con aquellas que tachonaron la geopolítica hispanoamericana de 1809”, refiere Moreno. La incorporación de la insurgencia a la trigarancia fue tan estratégica como legitimadora, aunque sin el consenso real, lo que explica, continúa Moreno, que en la firma del acta de 1821 no aparezcan sino firmantes que respetaban el nombre del rey. De ahí que el autor concluye con una advertencia que podíamos referir como metodológica:

Tan incompleta es la visión que se quede en 1810 como la que se constriña a 1821, tan parcial la que solo destaque rupturas como la que se fije únicamente en las continuidades y tan sesgada la que se quede en el plano político como la que mire exclusivamente el militar (Moreno, 2021, p. 168).

En el mismo sentido se pronuncian Josep Escrig e Ivana Frasset (2024) quienes refieren:

En general, se advierte que lo acontecido en 1821 no fue necesariamente el final del proyecto comenzado en septiembre de 1810 con el estallido de la revuelta insurgente. De hecho, todavía se debate sobre si la sublevación insurgente buscaba desde un inicio la independencia absoluta o más bien se apostaba por un encaje distinto del virreinato dentro de la monarquía. [...] Por tanto, resulta evidente que la lucha insurgente y el movimiento Trigarante fueron enlazados como partes de un mismo proceso histórico en aras de homogeneizar un discurso de construcción

nacional, aunque en realidad consistieron en ciclos distintos, lo cual no obvia la existencia de vasos comunicantes entre ambos (Escrig y Frasquet, 2024, pp. 127-128).

Con todo, el ejercicio del historiador pasa de la revisión de las fuentes primigenias, a detenerse en las interpretaciones de las independencias americanas. El problema que tiene la historiografía ante el público masivo es lidiar con los vericuetos explicativos. No obstante, a través de estos se pueden llevar a cabo, como premisa de que la historia tiene matices sin los cuales no puede explicarse el proceso. Entendido esto, que un solo personaje como Hidalgo no actuó sólo, es fundamental entender la concepción de independencia que rondaba para entonces, para referir, en cambio, que Hidalgo retoma el concepto, lo analiza y aunque tardó en decidirse, declara haberse levantado en armas en pro de ella.

Conclusiones

Este análisis crítico parte de entender que la divulgación histórica mexicana no tiene el mismo rasero evaluador que una investigación historiográfica formalmente aceptada en los círculos académicos. No es la postura de este trabajo minimizar el alcance de los medios de comunicación masiva en pro del conocimiento histórico en México. Resulta una llamada de atención cuando la historia pública, en apariencia desmitificadora, cae en lo mismo que combate: apreciaciones personalistas en torno a los personajes, en vez de su comprensión, atender los hechos concretos y no sus procesos, pero particularmente ignorar los avances del conocimiento científico en materia histórica con fines pseudo informativos y tergiversadores. Se ha puesto de manifiesto que los textos analizados presentan la necesidad de una observación conceptual en la que se entienda el proceso de la Independencia y su instrumentalización, así como la resignificación de los llamados mitos nacionales.

El caso no deja de ser interesante porque en cada conmemoración septembrina, la ocasión se aprovecha para que estas ideas se internen en el imaginario colectivo con el pretexto de una desmitificación de la historia oficial mexicana. Por tanto, el objetivo de este trabajo intentó dar cuenta de la paradoja con afanes desmitificadores sobre la Independencia en

México. Interesó observar los objetivos que pretenden cuestionar una historiografía ya asentada. Se encontró que en la discusión acerca de este periodo tan significativo de la historia mexicana median posturas, aunque historiográficas, particularmente politizadas por el contexto del 2010, año del bicentenario del inicio de la Independencia.

A raíz de este estudio, se concluye que el interés principal de los propagandistas es cuestionar el papel de personajes como Miguel Hidalgo, y con afanes reivindicatorios, pero poco reflexivos, asumir la figura de Agustín de Iturbide y entronizarlo como consumidor absoluto de la Independencia. Se encuentra que en este tipo de trabajos pesan los sesgos *ad hominem* y anacrónicos, al grado de referir que la Independencia fue el gravísimo error de las hoy naciones latinoamericanas, con lo que ayuda a sostener que, de haber ocurrido otra cosa, México sería una potencia mundial al pertenecer aún a la corona española.

Uno de los resultados de esta investigación también arrojó que México, por citar sólo un país, ha sido un espacio propicio para ejercer la historia no profesional. Entre otros factores, porque la oferta estuvo centralizada en las universidades asentadas en la Ciudad de México y sólo a lo largo del siglo veinte y comienzos del veintiuno se abrió hacia el resto de ciudades mexicanas. La Historia de México no ha sido materia exclusiva de historiadores formados en las aulas de educación superior, sino que ha formado parte de los intereses de una amplia gama de profesiones y oficios, como lo es el magisterio, la comunicación, el derecho, las ciencias políticas, la sociología, la antropología y muchas otras disciplinas.

El interés último de este trabajo fue posicionar los estudios históricos con afanes científicos donde no se sobre pongan, a pesar de la naturaleza humana del oficio de historiador, los intereses ideológicos sino la búsqueda del saber. Prosiguieron las conmemoraciones del bicentenario en 2010 y conforme avanzó la década siguiente, el asunto no quedó ahí, sino que tomó aún más fuerza. El 2018 significó un rompimiento de régimen entre lo que en la esfera política se denomina PRIAN (una alianza política tácita entre el Partido Revolucionario Institucional y el Partido Acción Nacional, que sí se haría efectiva entre 2023 y 2024), y el partido de izquierda Movimiento de Regeneración Nacional que ganó las elecciones presidenciales y con ello inauguraría un cambio de estafeta

política. Por tanto, otras formas de comprensión histórica, que en realidad no sería tan distinta a las ya conocidas en el siglo XX.

Fue tal el éxito editorial de sus obras que a medida de otra importante conmemoración en México durante 2019, 500 años de la llegada de los españoles —que se matiza con los términos de “encuentro”, “invasión”— la producción de obras históricas y similares —que en adelante habrán de evaluarse— se acrecentó y generó múltiples controversias; quizá la más compleja, fue la del jefe del Estado mexicano en aquel momento, que envió una misiva al rey de España para que pidiera perdón por los agravios de la conquista. Surgió así una visión que refutó tal idea al señalar, en el otro extremo, que debía ser la sociedad y gobierno de América, México, por ende, quienes mostraran un gesto de “agradecimiento”. Dado que la Conquista no ha dejado de ser un tema propio de la agenda, corren publicaciones que intentan asirla, lamentablemente no sin que intervengan matices pseudohistoriográficos que tal como ocurrió en 2010, alienta el discurso distorsionado del proceso con la finalidad de contrarrestar el discurso ideologizado que por entonces ya imperaba, o más bien, que no ha dejado de hacerlo.

Por último, podemos concluir que el peso de la divulgación histórica con medios de comunicación masiva dificulta el avance historiográfico académico, aunque el modelo planteado en esta ocasión supone una contribución al debate por resignificar la historia mexicana en la medida que apueste por un mayor involucramiento de los resultados científicos en la sociedad, particularmente en que el gremio académico de historiadores cree un frente más que combativo, con mayor incidencia en los círculos sociales. De cara a futuros estudios, será conveniente analizar el fenómeno de la divulgación histórica mexicana, de los móviles políticos e ideológicos que las mueven, así como que sus combatientes muestren interpretaciones mejor logradas y se evite caer en la línea muy delgada de la crítica al insulto.

Referencias

Abad y Queipo, M. (1813). *Colección de los escritos más importantes que en diferentes épocas dirigió al gobierno D. Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán*. Oficina de D. Mariano Ontiveros.

- Ávila, A. (1999). *En nombre de la Nación. La formación del gobierno representativo en México, 1808-1824*. Taurus / Centro de Investigación y Docencia Económicas. <https://archive.org/details/avila.-a.-en-nombre-de-la-nacion.-la-formacion-del-gobierno-representativo-en-me/page/n191/mode/2up>
- Carrera, M. (1995). Hidalgo y su plan de operaciones. En V. Guedea (ed.), *La revolución de Independencia* (pp. 73-87). El Colegio de México. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/es/article/view/530/421>
- Crespo, J. (2009). *Contra la historia oficial. Episodios de la vida nacional: desde la Conquista hasta la Revolución*. Random House Mondadori.
- Cauvin, T. (2020). Campo nuevo, prácticas viejas: promesas y desafíos en la historia pública. *Hispania Nova. Primera Revista de Historia Contemporánea on-Line en Castellano. Segunda Época*, 1, 7-51. <https://doi.org/10.20318/hn.2020.5365>
- De Groot, J. (2009). *Consuming History. Historians and heritage in contemporary popular culture*. Routledge.
- Escrig, J., y Frasset, I. (2024). ¿Nuevas miradas sobre viejos temas? La independencia de México en su bicentenario (notas historiográficas). *Revista de Historiografía*, 39, 123-148. <https://doi.org/10.20318/revhisto.2024.8808>
- Espinosa, J. (2020). Los libros sobre el libertador. Doscientos años de historiografía biográfica sobre Agustín de Iturbide. *Boletín del Archivo General de la Nación*, 6, 125-158. <https://bagn.archivos.gob.mx/index.php/legajos/article/view/744/716>
- Frasset, I. (2007). La “otra” Independencia de México: el primer imperio mexicano. Claves para la reflexión histórica. *Revista Complutense de Historia de América*, 33, 35-54. <https://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/es/article/view/RC-HA0707110035A/28475>
- Fuentes, A. (2008). *La otra historia de México. Hidalgo e Iturbide. La gloria y el olvido*. Diana.

González, L. (2002). *Las mentiras de mis maestros*. Cal y Arena.

Jiménez, G. (2010). De alta lealtad: Ignacio Allende y los sucesos de 1808-1811. En M. Terán y J. Serrano (Eds.), *Las guerras de Independencia en la América Española* (pp. 63-78). El Colegio de Michoacán / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Landavazo, M. (2010). Fernando VII y la insurgencia mexicana. En M. Terán y J. Serrano (Eds.), *Las guerras de Independencia en la América Española*, (pp. 79-98). El Colegio de Michoacán / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Moreno, F. (2011). *Cien mitos de la historia de México*. Planeta.

Moreno, R. (2021). Una interpretación de la Independencia mexicana de 1821. En A. Ibarra, J. Escamilla y A. Tecuanhuey (Eds.), *La consumación de la Independencia. Nuevas interpretaciones (Homenaje a Carlos Herrejón)* (pp. 141-168). Universidad Veracruzana / El Colegio de Michoacán / Universidad Nacional Autónoma de México,

Paul, H. (2016). *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Institución Fernando el Católico, Excelentísima Diputación de Zaragoza.

Regan, J. (2012). Dr. Jekyll and Mr. Hyde: the two histories. *History Ireland*, <https://historyireland.com/dr-jekyll-and-mr-hyde-the-two-histories/>

Salmerón, P. (2012). *Falsificadores de la historia y otros extremos*. Ítaca.

Terán, M. (2004). Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo y Costilla. *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 59, 23-44. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/12900/14012>

Vargas, S. (2016). Monumento Estela de Luz: disputas en torno a los usos públicos de la historia en el México del Bi/Centenario. *Tempo e*

- Argumento*, 8(19), 130-161.
<https://doi.org/10.5965/2175180308192016130>
- Verdú, I. (2024). Conmemorar el pasado en aras del presente. Usos públicos del pasado y políticas de la memoria en el Bicentenario de la consumación de la Independencia mexicana. *Revista de Historiografía*, 39, 181-207.
<https://doi.org/10.20318/revhisto.2024.8810>
- Vidaurri, J. (2003). *Frenesí de libertad. Proceso militar seguido a Miguel Hidalgo y Costilla*. Gobierno del Estado de Guanajuato.
- Zárate, V. (1994). Agustín de Iturbide: entre la memoria y el olvido. *Secuencia*, 28, 5-28. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i28.448>
- Zunzunegui, J. (2019). *El mito de las tres transformaciones*. Grijalbo.
- Zunzunegui, J. (2023). *Las mentiras de Miguel Hidalgo. Mito de la Independencia Pte 2*. <https://www.youtube.com/watch?v=vD243L5xDg0>
- Zunzunegui, J. (2024). *Nadie quería la Independencia*. <https://www.youtube.com/watch?v=iGz8cnmUXyo>
- Zunzunegui, J. (2026). *El fraude de la Independencia. Los héroes que nos inventaron*. <https://www.youtube.com/watch?v=9tXz4rHCyKo>